pobre, tener ambiciones y haber desaparecido su arma única de triunfo, su tesoro!...

Presurosa, arrojó la camisa que la cubría, saltó al pavimento, dió luz á la lámpara y miróse al espejo... Una sonrisa bañó sus labios. Sus ojos chispearon con aquella mirada dulce y altiva que los tornaba seductores.

No; el sueño había sido nada más que un sueño. Todavía era bella, divinamente bella, con su aire provocativo de cortesana desnuda.

VIII

Antoñita rió estrepitosamente. Por entre la blusa abierta, su cuello blanco, de fina tez, se estremecía al dar paso á la carcajada argentina que brotaba de los labios.

—Pero, Lena, ¿quién te ha dicho que el trabajo es cursi? Tan guapa y bonita, ó más quizá, es aquella muchacha que gana el pan, que la niña que se está en casa sin hacer nada.

Lena movió la cabeza, haciendo un mohin de enojo con su boquita sensual. Sus ojos obscuros brillaron como si una llamarada de sorda irritación los iluminara. Luego, inclinando la frente y arrellanándose en la desvencijada silla, murmuró:

—No, Antoñita; te digo que no. Yo jamás aceptaré esa cursilería de empleo.

Referíase al que le propusiera su hermana momentos antes. Mad. Bernard, la modista parisiense que tanto quería á Antoñita, había resuelto ampliar su establecimiento, en virtud de que los negocios aumentaban. Ya el local estaba listo; era un edificio precioso en el Puente de San Francisco, con escaparates magníficos y salones lujosamente albajados para recibir á la aristocrática clientela. Comenzaba el traslado, y el personal hubo de acrecer. Sabedora la dueña de que Antoñita tenía una hermana joven, de guapeza singular, y pobre por añadidura, propuso á aquélla el empleo, un empleillo de veinticinco duros mensuales, que no vendrían mal en el hogar de la chica.

Por la noche, al entrar Antoñita en la casa de modas, la señora la había llamado aparte, ante las miradas de envidia de las dependientas. Ya en el saloncillo contiguo, sentándola á su lado, le dijo con su acento francés:

—Vamos á ver, queridita: ¿qué resuelve la niña? ¿Se anima por fin á venir desde luego?

La moza se ruborizó. Nada había dicho á Lena, por temor de disgustarla, pues no ignoraba su poca inclinación al trabajo. ¡Era tan chiquilla la pobre, que, verdaderamente, había sentido escrúpulos al intentar participarle el asunto! Mad. Bernad estuvo á punto de indignarse. ¡Cómo! ¿Era posible que su familia hubiese decidido sacrificarla, arruinarla, hundirla? ¿Era equitativo que ella laborase del día á la noche, sin que otro alguno aportara el diario sustento á la casa? Porque lo observaba desde hacia tres meses: Antoñita cosía más que de costumbre, y entregaba las prendas con prontitud desusada.

—Trabaja usted demasiado, ¿no es verdad, hija mía?

—No, señora; no es que trabaje mucho. A fuerza de practicar, he llegado á hacerlo de prisa... Nada más, puede usted creerme.

La señora la besó, conmovida, y despidiéndola con una caricia, le dijo:

—Bien. Mañana mismo me traerá usted á esa pequeña rebelde. Quiero conocerla. ¡Ah! me interesa mucho, se lo aseguro.

Y Antoñita se estrelló ante la terca obstinación de Lena, que al principio sonreía con desprecio al pensar en el mísero empleo de dependienta que le ofrendaban, y después hacía puchericos, diciendo que no á cuantas instancias le dirigía la pobre costurera, entristecida al ver tan cretina determinación.

Hallábanse en el comedor, después de la cena. Sobre la mesa, cubierta por blanquísimo mantel, en el que no escaseaban agujeros, se veían esparcidos los platos sucios, el botellón á medio llenar, los tenedores y cucharas brillantes de grasa, todo alumbrado por la luz paliducha y temblona que derramaba en torno la lamparilla de petróleo. Un calor sofocante invadía la habitación, y fué necesario entreabrir la puerta. Las brisas perfumadas de Junio penetraron suavemente, llevando en pos el vaho saludable de los árboles cercanos. Doña Pepa, sentada á la cabecera del apolillado mueble, engullía á dos carrillos los restos de un plato de arroz, dando tragos de leche de vez en cuando. No miraba ni oía nada. Entonces, mejor que nunca, hubo de adoptar una singular actitud en los asuntos caseros. Decía que los chismes la enfermaban, que ella anhelaba vivir en paz los últimos años de su existencia, y que allá se las averiguasen los benditos de sus hijos.

El ambiente de iglesia, respirado á toda hora, una pasión mística infiltrada en su ser al mirar los altares, pasando las horas muertas en la semiobscuridad tenue del templo, la alejaron del hogar, cual si éste fuese incompatible con sus aficiones. No era el suyo un misticismo contemplativo, nervioso, como el de las santas, exquisitas flores de histeria, cuya vida leía en sendos volúmenes envejecidos. Más bien asemejábase á una monomanía hija de la pereza, á un enamoramiento de aquel dulce *no hacer nada,* á una sugestión de la existencia de sacristía, muy propia de una mujer que, como ella, nunca pecó de solícita y laboriosa como madre, y sí hubo de pasar los años en bonachona poltronería.

Doña Pepa, que, en otro tiempo, cuando vivía su marido, embebida en satisfacer los deberes conyugales, jamás iba á misa ni se confesaba, no salía ahora de la Santa Veracruz. Allí, el padre Morales reinaba, rodeado de una diminuta corte de viejas; organizaba festividades religiosas, triduos, novenas, y hasta fundó una asociación llamada de «Defensores del catolicismo», guiado por un espíritu fanático, y el no menos fanático afán de medro.

Ya en casa de los Fernández comenzaban á experimentarse los efectos de la nueva invención del cura. Antoñita hubo de trabajar día y noche, al ver que las exigencias de su madre crecían al par que el deseo furioso de lujo que hacía presa en Magdalena.

Y la rubita de ojos azules y profundos, alma blanca nacida para el sufrimiento, no murmuraba nunca: las

amarguras, las penas de su vida, iban á confundirse con el raudal de ternura que la unía á Eugenio. Sin embargo, aquella noche intentó romper el silencio de doña Pepa, la cual tomaba la última cucharada, limpiándose después los labios con una punta del mantel.

—Oye, mamá, aconséjale tú algo. Ya ves que á mí no me hace caso.

La buena señora inclinó la frente surcada de arrugas, como si nada hubiese oído; pero al cabo, con voz lastimera, murmuró:

—¡Ay, yo me voy á morir con estas cosas! Ya lo sabes: no tengo fuerzas para nada. Déjame, déjame tranquila y arréglate como puedas.

Y como viese que en la carita tristona de su hija mayor se reflejaba humilde protesta, estuvo á punto de gimotear. Era muy desgraciada, sí. ¿Qué culpa tenía ella de que la chica se empeñara en la holganza? Además, Lena era una niña incapaz de conducirse bien en sociedad, demasiado bonita para no tener peligros. Que laborara en su casa así, como Antoñita, pues no carecía de razón la pequeña al afirmar que empleo de la naturaleza del propuesto, era impropio de señoritas decentes.

Todo un orgullo atávico se reavivaba en ella: el orgullo de la marisabidilla que se creía digna de mejores destinos; la altivez secular de la clase media, luchando por sostenerse en difícil equilibrio. Doña Pepa, víctima de resabios antiguos, sentíase torturada, humillada, con sólo pensar en que la chiquilla se marcharía tras de un mostrador lujoso: ¡la chiquilla, la única que parecía reservada á un porvenir espléndido, merced á sus deseos furiosos de conquista de lo alto, de lo que luce, de lo que lleva en pos de sí la atención y el respeto de los humildes! Y liando un cigarrillo—costumbre que adquiriese desde que frecuentaba con mayor ahinco los templos—, continuó con su voz cascada y monótona:

—No, hijita; déjala, déjala con sus ideas... Hay jóvenes que nacen con tendencias distintas á las tuyas. Y es natural. Tienen aspiraciones muy justas, justísimas, como que pretenden ser algo, sobresalir...

La moza no respondió. Era el suyo un silencio expresivo, triste. La lámpara parpadeaba con temblor suave, alargando su lengua de fuego en el vacío. El canario, encerrado en una jaula que colgaba del muro, agitábase aleteando. Más allá de la puerta, la noche extendía su regio manto estival, con el titilar lento de millares de estrellas, con el fulgor débil de los astros, que en su lejanía infinita aparecían desvanecidos por pálida gasa azul. El aire impregnado de tibieza invadía el comerdocito, llenándolo de un aroma delicado, el aroma de las flores, deliciosas flores de amor, predilectas de la modista; el aroma de Junio, del mes de las espigas doradas.

Estéfana iba y venía con el chancleteo estruendoso de sus gruesos zapatos. Lucía en sus ojos una mirada de odio, y las arrugas de su rostro de perra envejecida en la obediencia del amo, ahondábanse más, como si ella, en las reconditeces de su mente obscurecida por la ignorancia, comprendiese toda la iniquidad de aquel martirio. Y tal era el temblor de sus manos, que un plato cayó, estrellándose en el suelo.

Doña Pepa regañóla ásperamente:

—Es menester, Estéfana, que tenga más cuidado.

La cocinera alzó la frente coronada de mechones blancos, y fijando la mirada alternativamente en la señora y en su hija mayor, dijo:

—Es que la niña me perdonará.

Antoñita le sonrió con tristeza.

—Sí, Estéfana; no te apures. Te disculpan tus años.

Y permanecieron las cuatro allí: doña Pepa, engullendo las migas esparcidas en el mantel; Lena, sumida en su terco enojo; la mayor, con las pupilas fijas en la llama trémula, como si la interrogara; Estéfana, rondando, cual si espiase los movimientos de las otras, de las enemigas de su niña mimada, de su «angelito», á quien quería tanto, con ese cariño de los criados viejos que han arrullado á los retoños de los amos.

Detúvose de pronto. Masculló algunas frases incoherentes, é interrogó á doña Pepa. ¿Es que don Alberto no llegaría? Porque advertía que ella, con sus sesenta

y dos años, no era capaz de esperarle hasta que se le antojase.

—Alberto no viene esta noche. Le encontré al salir de la iglesia y así me lo avisó.

El señorito, desde meses antes, apenas si se tomaba la molestia de prevenir á su familia acerca de sus ausencias frecuentes. Había desertado de la Escuela de Medicina, y estaba á punto de perder su miserable empleo en el Hospital. Encenagado en plena orgía, ahito de licor y de mujeres, descendía vertiginosamente hacia el fondo negro que profetizaba Antoñita en días pasados.

—Bueno; pues entonces que trague.

Y se deslizó en la cocina, rezongando.

Doña Pepa vióse tentada á emprender singular pelea con la maritornes. Su indiferencia en este punto, no era ahora tan grande; sentía cierto escozor al darse cuenta de las altanerías de Estéfana. Pero dominándose, contentóse con gruñir:

—Es intolerable... ¡No faltaba más! ¡Que me riña á mí, á la dueña de la casa!...

Antoñita logró, no obstante, calmarla. ¡Era Estéfana tan vieja! Justo le parecía dispensar sus cosas. Y como doña Pepa levantase la voz, respondiendo acremente, oyóse en la ahumada cocina el refunfuñar sordo de la criada.

En los campanarios cercanos sonaron las diez. Púsose en pie doña Pepa, dirigiéndose en seguida á su recámara, donde acostumbraba rezar, bostezando, un largo rosario, para meterse en seguida en cama.

—Adiós, hija.

—Buenas noches, mamá.

Y antes de cerrar la puerta, volvióse hacia Antoñita, cual si una idea la asaltase de pronto. ¡Ah! que no olvidara la promesa, el donativo aquel de que le habló. Era una petición más de dinero, una pequeña limosna que exigía el padre Morales, para atender á las necesidades innúmeras de la «Asociación de defensoras del Catolicismo».

—Cuenta con ello. Mañana pediré un anticipo á madame Bernard.

Sonriente al escuchar la respuesta, la vieja se alejó con la vela encendida.

Ya sólo quedaba allí Lena, clavada de codos en la mesa, con un dejo de disgusto pintado en el semblante. Su hermana la miró largamente, sin hablar, poniendo en su mirada toda la ternura, todo el sano y maternal afecto que le inspiraba la chiquilla. Pero ésta no se movió siquiera. Continuó obstinada, altiva, muy abiertos los negros ojos, que ante la luz amarillenta de la lámpara adquirían un brillo salvaje. Y Antoñita sintió entonces una nueva tristeza. Bien comprendía que la pequeña alejábase de ella cada día más. Ya no era la niña mimosa de antes; la que, por amor á ella, tenía la piedad de velar su genio voluntarioso, anhelante de la satisfacción de sus caprichos. Sentíase en la menor de las Fernández la garra de Clara Ruiz, el ambiente de aquella floración de vicio, respirado á plenos pulmones por Lena.

Toda su ansia de vida mejor, de lujo, de muelle pereza, exacerbábase. Renegaba en sus adentros con mayor energía de su existencia pobre de olvidada, de la tranquilidad burguesa y estúpida del hogar, viendo sin inmutarse, sin comprenderlo, el sacrificio, el tormento aceptado por Antoñita. Así como Alberto daba por razón de su holganza el deber estricto que tenía de concluir los estudios á que le destinó su padre, á pesar de la carga injusta que resistiera la costurerita, ella daba por motivo de su inacción el estar predestinada á una esfera social más alta.

El contagio hubo de ser propagado. La amistad cada día más estrecha, la comunión de pensamiento con la hija del difunto coronel Ruiz, dieron al cabo sus frutos, convirtiendo á Lena en un plano de reflexión de los gustos é inclinaciones de Clara. Existían, no obstante, entre ambas, diferencias radicales: Clara Ruiz era la mujer fría, calculadora, que esperaba con fe el advenimiento de un instante, de un minuto que resolviese su porvenir; todo lo daría con tal de alcanzar sus propósitos de vida fastuosa. Nunca, á pesar de los chismes y murmuraciones de la vecindad entera, se entregó á

nadie. Y no lo hizo por virtud, por estima del honor, que el honor para ella era convencionalismo ridículo, sino por propia conveniencia. Lena, por el contrario, tenía todas las ambiciones de su amiga, veladas por sutil hipocresía, careciendo, al contrario de ésta, del talento, de la malicia, del tacto calculador, que caracterizan á la cortesana de raudos vuelos. Por eso, cuando se trató de trabajo, de labor, de pan ganado á fuerza de la propia energía, sintióse herida en la íntimo de su ser. Y en aquel instante experimentó odio hacia su hermana, que pretendía torcer el curso de sus reflexiones, que se alzaba como barrera infranqueable para la realización de un ideal alimentado durante meses.

—Oye, Lena, escúchame. Yo quiero tu felicidad, yo quiero tu dicha. Si te lo propuse, fué por tu bien.

Y Antoñita, que había ido é sentarse junto á ella, estrechábala con cariño, hablándole con voz temblorosa, emocionada.

Estéfana, asomando la cara, la contemplaba desde el umbral, con el corazón angustiado. Y en el silencio del comedor, cuando Antoñita callaba, sólo se oía el crepitar de la vela y el aleteo del pájaro prisionero en la jaula.

—Sí, hermanita; tú me obedecerás porque eres buena, porque me comprendes, porque me quieres. Yo no me aburro del trabajo, no, créemelo. Por ti trabajaría de la mañana á la noche. Pero se trata de tu porvenir...

Y la besaba, pasando sus manos de lechosa blancura por la morena frente de la chiquilla, musitando á su oído viejas palabras afectuosas, familiares calificativos, argumentaciones infantiles de seductor encanto. Varias veces intentó mirarla á los ojos sin conseguirlo. Mas hubo un instante en que Lena pareció entregarse, abandonarse á la mirada amorosa de Antoñita. Entonces ella la interrogó. ¿Sería obediente? ¿Aceptaría el empleo?

Por un momento creyó que las pupilas de Lena le sonreían con dulce sonrisa de sumisión; luego sintió que los brazos redondos de la chiquilla intentaban un esfuerzo para desasirse.

—¿Cómo, Lena? De modo que tú...

No tuvo tiempo para terminar la frase. Lena bajó la frente, se puso en pie, adelantóse en dirección de la puerta.

—Lena, Lena...

—Déjame—respondió, colándose en las habitaciones.

Se echó á llorar, silenciosamente, con aquel llanto que sólo derramaba en los instantes de profunda tristeza. La chiquilla se iba, se alejaba cada día más. Y aquello no tenía remedio. ¿Cómo detenerla? ¿Cómo impedir la separación lenta, imperceptible casi, que las desunía en el transcurso de las horas? Impotente, no halló otro consuelo que el de las lágrimas, y allí estaba, en el comedorcito, antaño alegrado por el reir de la familia entera, y ahora lúgubre, con el macilento parpadeo de la lámpara. Escuchó suaves pisadas á su espalda y en seguida la caricia de dos manos descarnadas. Apresuradamente limpióse los párpados humedecidos. Tenía miedo de llorar. Su madre, no obstante su indiferencia, sufría al verla así, cual si el escozor de un vago remordimiento la atenaceara. Por eso evitaba toda muestra ruidosa de dolor.

Pero cuando volvió la cara, desfigurada por una mueca de regocijo, hubo de sonreir aliviada al ver el rostro compasivo de Estéfana.

—Llora, niña, llora... Si aquí ni ese consuelo tienes...

Y la apretó contra su pecho enflaquecido con efusión de esclava. Creía recordar aquel pasado lejano; se remontaba á veinte años atrás, cuando la rubita, un bebé que apenas daba un paso, se agarraba á su cuello llorando por un capricho que no lograra satisfacer.

—¿Has visto, Estéfana?

¡No había de verlo! Lo observaba todo, lo comprendía todo. Por eso quería marcharse desde meses antes; abandonar aquella casa que abrigó su edad madura y su vejez, para irse... no sabía adónde, á la calle, á cualquier parte. Así se evitaría toda pena.

Su ternura se desbordó. Evocaba las cosas que fueron, los años que resumían la historia de aquella familia lentamente corrompida por la atmósfera en que vivía y por las insanas ambiciones que sus miembros mostra-

ban; de aquella familia de la cual Antoñita era la rosa que florecía en medio de malas hierbas.

Hacía veintitrés años que entrara al servicio de los Fernández. Todavía recordaba el tenducho aquel de ropa y sedería en donde don Juan vivía enterrado, laborando de la mañana á la noche; tenía presente también á la doña Pepa de entonces, mujerona de treinta años; á Alberto, de cuatro, que comenzaba á visitar la escuela. Vió nacer á la costurera, la rubita encantadora que meció en sus brazos, por la que cobrara singular afección. La imaginaba pequeñita, con la cara de tristeza que tan pocas veces reía, estrujando entre sus dedos las telas que vendía su padre; trepando sobre las sillas para alcanzar la altura de la mesa de planchar; cosiendo las faldas de su muñeca, como si se revelara en ella una futura señorita de hogar. Y ya desde su infancia hubo de ser la víctima predestinada, la mártir: Lena, la chiquilla, fué su pasión siempre. Resistía sus enojos con tal de merecer sus caricias; qnitábase los dulces de la boca, por el gusto de verlos en los labios de la otra; le regalaba los juguetes. En aquellos tiempes la felicidad era relativa. ¡Siquiera no se contemplaban miserias! Ella vivía en su cocina, agradecida, contenta con el pedazo de pan que le daban; sumisa á los amos; queriendo más cada día á su niña, tan mujercita y tan mona.

Y así pasaron quince inviernos, hasta que un día don Juan Fernández lanzó el último suspiro, allí, sobre el mostrador, como herido por el rayo, víctima de una enfermedad hereditaria del corazón.

¡Ah! ¡qué instantes aquellos! Ahora, teniendo á Antoñita sobre su regazo, escuchando su llorar silencioso, sintiendo sobre sus manos encallecidas las ardorosas lágrimas, los evocaba con angustia. El amo, tendido en el lecho; doña Pepa, enloquecida por el sufrimiento, ignorando el partido que debería tomar; Alberto, mal inclinado, un poquillo calaverón ya, vegetando en los estudios; Lena, todavía niña, correteando con los chicos de la vecindad. Sólo Antoñita, con los párpados enrojecidos, temblorosa, pensaba en el mañana, acurrucada en un rincón, muda, sin ver á nadie. Más tarde... El cerebro cansado de Estéfana negábase á recordarlo; una formidable protesta de su ser elevábase haciendo que apretase más contra su pecho á la moza. Más tarde había sido la ruina lenta; la tienda desmoronándose, cayendo en el desastre: doña Pepa, impávida ante el derrumbe, y los dos hijos, el mayor y la chiquilla, engullendo sin preocuparse, al par que su madre, las últimas migajas.

—Niña, niña, ¡qué buena has sido tú, y qué *desalmaos* los otros!...

Y la besó maternalmente en los cabellos, como si el recuerdo que en aquel momento fulguraba en su caletre la impulsara á semejantes demostraciones cariñosas. Sí; aquella mujercita paliducha y endeble fué la única que conservara serenidad y sensatez en los meses terribles, la salvadora. Y á Estéfana aun le parecía verla tornar á la casa arruinada, de vuelta de la de Mad. Bernard. Volvía con un pequeño bulto bajo el brazo y sonreidora alegría en los claros ojos. Desde entonces convirtióse en la providencia del hogar, llevando á él con regocijo el fruto de su rudo trabajo. Y lo peor, lo que Estéfana sentía en el alma, era que aquél aparecía como un sacrificio ignorado. Antoñita había sido la heroína anónima, la muchacha humilde que laboraba en el olvido, sin que la comprendiese nadie, ni su propia familia. En la vecindad, donde todo chisme tenía su asiento, y así el chiquillo mal trajeado como la vieja rugosa murmuraban, nada se sabía de Antoñita. En opinión de muchos, los Fernández vivían de sus rentas. Y Estéfana sentía que una infinita piedad la acercaba á su ama, la cual continuaba sollozando sobre su pecho, en tanto que ella le prodigaba caricias, diciéndole al oído frases consoladoras que resonaban en la habitación solitaria como un susurro dulce...

De pronto, escucháronse risotadas. Era una risa clara, perlada, que se introducía en el comedor en alas del céfiro. Antoñita se puso en pie, secando sus lágrimas con el pañuelo; Estéfana permanecía sorprendida.

—Es Lena—murmuró la moza—. Déjala. Tendrá deseos de respirar aire.

Pero la vieja maritornes no se detuvo. Con los brazos